

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

“Mis pensamientos no son sus pensamientos y sus caminos no son mis caminos”.

Esta frase, tomada de un profeta anónimo del siglo VI AC, cuya obra ha entrado en el libro del grande Isaías, y por tal motivo es llamado el *segundo Isaías*; ha sido escogida por el leccionario de este domingo para justificar el comportamiento del protagonista de la parábola evangélica. Un comportamiento un poco extraño, aparentemente irracional, si lo juzgamos desde normales criterios económicos y sindicales. Por lo tanto, tratemos de identificar el sentido exacto de esta narración que termina con una frase particularmente provocadora: *“los últimos serán primero y los primeros los últimos”*. Y es, exactamente, sobre este contraste *primeros- últimos* que la parábola tiene su sabor narrativo y espiritual.

La narración se desarrolla en torno a dos vértices que le constituyen el significado último y profundo:

1. El primer vértice está plasmado en el modo de llamar a los trabajadores; es un modo progresivo pero con idéntico salario.
2. El segundo vértice está representado por la polémica indignación de los primeros contratados.

Los estudiosos han notado que generalmente en las parábolas de Jesús formuladas a dos vértices, el acento siempre recae sobre el segundo; de esta manera se va delineando la situación concreta de donde parte el mensaje de la parábola, que generalmente es una situación típica de la vida de Jesús y repetidamente testimoniada por los evangelios.

Los “fariseos”, los “justos”, los “primeros”, se escandalizan de que Jesús ofrezca la misma salvación también a los pecadores que han sido siempre considerados los últimos. Desde este punto de vista, es curioso que los trabajadores contratados en la primera hora en esta parábola, no están reclamando un salario mayor, sino que a los últimos se les está pagando igual que a ellos. Es por ello que la parábola se dirige a gente que, con su comportamiento, se asemeja a estos murmuradores.

Entre otras cosas no hay que olvidar que en la Biblia el verbo *“murmurar”* es utilizado para indicar la *falta de fe*. Por este motivo el mensaje de este domingo golpea fuertemente a aquellos que se escandalizan por la apertura del Reino de Dios y del Evangelio a los pecadores y a los justos.

Fundamentalmente, el mensaje de la parábola, que es clásico en la predicación de Jesús, presupone otra cuestión muy viva y debatida en la primera experiencia de la Iglesia, y es la apertura universal a todos los pueblos y a todas las culturas. La igualdad de condiciones de los paganos en la Iglesia de los orígenes hería ciertos privilegios y ciertas lógicas humanas

que consideraban la salvación como un bien o un patrimonio nacional y cultural. En cambio, el estilo de Jesús es idéntico para todos: Judíos y paganos, justos y pecadores. La antigua alianza basada en el derecho y la justicia se abre (como había anunciado el profeta Jer. 13,31-34) a la nueva alianza basada en la gracia y el perdón.

El Reino es un don de Dios y no un salario que el hombre gana; la salvación no es una recompensa por haber firmado un contrato, sino ante todo es una iniciativa divina hecha por amor y en comunión, donde el hombre es invitado a participar con gozo y sin limitaciones.

De esta manera el cristiano es exhortado a seguir el estilo del dueño de la vida que es el mismo de Jesús. Este estilo no se basa en el mérito o la escrupulosa justicia, sino que se deja conquistar por el amor gratuito y generoso que dona y que da crédito incluso a quien no tiene derecho.

En contra de una concepción mercantilista e interesada de nuestro compromiso con el prójimo, somos invitados a una generosidad libre igual a la de Cristo que se ofrece a los pecadores, a los enfermos y marginados que religiosamente no cuentan nada.

La manifestación de un amor puro y total, es la perfecta imitación del Padre Celestial que *“hace salir su sol sobre malvados y buenos, y que hace caer su lluvia sobre justos e injustos”* (Mt 5,45).